

CHIRBES, NI VIVO NI MUERTO

Iván GIMÉNEZ*

ARafael Chirbes “le llegó esa gloria hispana y pegajosa que te otorgan después de muchos años de desdén y ninguneo. Y se fue dejando morir. Uno enferma también de pura indignación histórica”.

Esta gloria descrita por el periodista Gregorio Morán le duró a Chirbes siete años, desde que publicó **Crematorio** hasta su muerte el pasado 15 de agosto. “Sobre todo —advierte Morán—, no se te ocurra morir en agosto, porque tendrán que buscarte dentro de muchos años en las hemerotecas”, y a lo mejor no te encuentran.

Siete años de gloria, y además pegajosa, no es mucho, pero quizá para Chirbes fue demasiado. Y se murió, aunque aún permanece en ese limbo tan literario que va desde la muerte hasta la publicación del último libro, el póstumo, el definitivo, el de la gloria total e indiscutible. Algo parecido le pasó a Roberto Bolaño, y aún sobrevive, doce años después, como un zombi literario, ni vivo ni muerto. Hasta el Ayuntamiento de Blanes ha diseñado una ruta turística para conocer los sacros lugares de la triste y angustiosa vida real de Bolaño, esa vida anterior a la gloria, aquella vida tan gris, tan poco literaria de exiliado vendedor de baratijas en la Costa Brava.

A Chirbes no creo que en su tierra le agasajen con una ruta turística por los escenarios de sus novelas. Habría que señalar el marjal de Pego donde los personajes de **En la orilla** arrojan cadáveres, o esa carretera, la N-332, entre Denia y Oliva (Olba en la novela), en cuyos arces se ofrecen durante kilómetros putas de todos los colores a las que el estallido de la burbuja inmobiliaria les ha privado de albañiles, transportistas o capataces con unos euros de sobra y una entrepierna que sosegar. O habría que decidir si la corrupta Misent (ciudad donde discurre **Crematorio**) es Benidorm o Denia... y nadie querrá merecer ese honor.

Pasaría al contrario que con el Quijote, cuya vecindad se disputan varios poblachones manchegos, o lo que sucede con la inane Mágina (esa Úbeda Muñoz-moliniana que no incomoda a nadie), la mágica Obaba o la Santa María de Onetti que funde Montevideo y Buenos Aires. No, a Chirbes no lo quiere nadie cerca, ningún concejal lo va a reivindicar, ni siquiera en Beniarbeig, a donde se retiró como un asceta, en una casa perdida en la sierra de Segaría, con dos perros, dos gatos y un brasero.

Chirbes mancha, porque nunca dejó de ser corrosivo, de tensionar nuestra conciencia en cada párrafo y de colocarnos ante nuestras miserias. ¿Acaso yo sería mejor o más valiente que los personajes traidores y cobardes de sus novelas? Por culpa de Chirbes, a veces nos miramos en el espejo y nos damos cuenta de que somos una ruina. Sus libros nos enfrentan a lo peor de nosotros mismos, en una literatura tan lejana de esa que busca adular al lector, haciéndole creer que es más listo y mejor persona, esa literatura tan de moda que nos confirma en nuestros mezquinos prejuicios, consolidando nuestras limitadas certezas y nuestras alicortas ideas. Esa literatura que siempre triunfa.

*Periodista y escritor.

Chirbes no hace eso, y por eso la gloria le llegó cuando ya era inevitable, cuando solo podía ser pegajosa. Él tenía muy claro que “la escritura acostumbra a vengarse de quien no se arriesga a llegar hasta el límite: una escritura a medias es una mentira”. Y los suyos son libros duros, pero son verdad. Chirbes no mira para otro lado. Da en la llaga, aprieta donde duele. Castiga y asfixia.

De castigos Chirbes sabía mucho. Su padre se suicidó cuando él tenía cuatro años, y a él lo mandaron interno a Ávila, al colegio de huérfanos de ferroviarios, porque su madre era guardagujas. Al menos, hasta que la detuvieron por izquierdista en pleno franquismo. Y unos años después, el propio Chirbes dio con sus huesos en Carabanchel, por maoísta. Pero un maoísta tan irónico que tituló una de sus novelas *La gran marcha*, empezando el sarcasmo por sí mismo, para luego repasar con 'ascopena' (ese neologismo tan exacto inventado por Álex de la Iglesia) a aquellos compañeros del antifranquismo reciclados en socialdemócratas amorrados a la ubre del felipismo y el pelotazo. Y así lo contó en *Los viejos amigos*.

Chirbes era político, en el sentido más preciso —y grande— de la palabra, y eso también mancha. Y por eso no se le acercaban ni concejales ni ministros. La mejor descripción del 'zapaterismo' se la debemos a Chirbes, en fecha tan precoz como mayo de 2010, pero los que no sabemos alemán no pudimos leerla hasta mucho después, porque solo se publicó en el *Frankfurter Allgemeine*. Aquello no se podía publicar en España, y mucho menos leerlo. Para entonces, Chirbes ya era alguien, la gente podía hacerle caso. El Ibex 35 no podía correr ese peligro.

62

Zapatero acababa de claudicar ante las presiones del Eurogrupo y había anunciado los primeros recortes en pensiones, salarios de funcionarios, ayudas a parados... “En pocos minutos —escribía Chirbes— se venía abajo todo el armazón ideológico sobre el que se ha sostenido esta variante contemporánea de la socialdemocracia, que se ha creído a salvo de los avatares económicos, gracias a una estrategia por la cual los problemas de la vida cotidiana se retiran de la escena pública y son sustituidos [...] por la puesta en primer plano de conflictos más o menos intrascendentes, amortizados, silenciados u olvidados, y cuya dramática escenificación le ha servido para mantener la ficción de una política progresista; de que hay una diferencia esencial entre democristianos y socialdemócratas, obviando que el meollo del progresismo tiene que ver, sobre todo, con la forma en que uno se gana el pan de cada día (y si puede ganárselo o no), y en cómo se reparte la gran tarta nacional entre los ciudadanos”.

Chirbes no lo llama así, pero cualquiera lo entiende: la lucha de clases, los de arriba y los de abajo, la gente y la casta, el 99% contra el 1%... Todo lo que ha pasado desde 2010 estaba asomándose en aquel prodigioso artículo.

“El prestidigitador Zapatero —continuaba Chirbes— ha conseguido ocultar durante años esa primacía de lo económico, gracias a que, en España, la lista de conflictos que pueden extraerse de la guardarropía y sacarse a escena es numerosa: clericales contra laicos; abortistas contra antiabortistas; españolistas contra nacionalistas; defensores de la negociación con ETA y partidarios de la mano dura; ecologistas contra negacionistas; partidarios de los trasvases de agua contra partidarios del caudal natural de los ríos; machistas contra femi-

nistas y homófobos; e incluso, y sobre todo —sí, setenta años después—, herederos de las víctimas de la guerra civil contra herederos del franquismo”. Es decir, tapar la realidad con la manta de siempre, sin afrontar la ardua e ingrata tarea de repartir la riqueza, cuyo primer paso consiste —se diga con más o menos rodeos— en quitársela a quien la tiene.

Chirbes denunciaba “esa línea postmarxista de que la socialdemocracia es la mejor gestora del capitalismo, y que, por lo demás, cuenta con tan buena tradición en España: en los ochenta fue el gobierno del socialdemócrata Felipe González el encargado de llevar adelante la durísima reconversión industrial que solicitaba el implacable capitalismo europeo”. Y por ese camino llegó luego Zapatero, que “ha estado trabajando en sordina a favor de la gran banca y de los especuladores a los que de cara a la galería ataca con demagogia populista [...]. Al parecer, acaba de descubrir que la esencia del capitalismo es la especulación: comprar barato y vender caro. Palabrería”.

Ese compromiso con la realidad de Chirbes le coloca fuera de ese mundo literario de nubes de algodón, conflictos personales y angustias metafísicas que sigue poblando las novelas desde hace ya demasiado tiempo. Todo muy literario, de una ficción tan depurada que nos transporta a un mundo irreal, sin clases sociales ni conflictos políticos. Por no haber, en las novelas actuales no hay ni siquiera trabajadores. Los personajes flotan por la trama sin madrugar, ni cambiar piezas en un taller, ni fregar portales...

Y ante esa huida de la realidad, Chirbes se atrevió incluso con la moda de la memoria histórica y la epidemia de novelas sobre la Guerra Civil. “Ser un narrador de eso que llaman ahora la memoria histórica —escribe en **La estrategia del boomerang**— no es llorar sobre los mártires republicanos, sino cumplir con la obligación de contar nuestro tiempo, meter el bisturí en lo que este tiempo aún no ha resuelto —o ha traicionado— de aquél [...]. El salto atrás en la historia solo nos sirve si funciona como boomerang que nos ayuda a descifrar los materiales con que se está construyendo el presente”. Frente a esa peligrosa tarea, “la compasión por las víctimas nos reafirma en nuestra condición humana y nos libra del peso de la culpa y, sobre todo, de la responsabilidad de elegir”.

Un descargo, en definitiva, para no afrontar un conflictivo presente.

Justamente el punto de fuga, el aliviadero por donde respiran sin sofocos las novelas de Almudena Grandes, Muñoz Molina, Javier Cercas o Ignacio Martínez de Pisón —entre muchos otros—, situadas en la azarosa escena de la Guerra Civil como recurso para ubicar tramas más emocionantes que las que puede deparar un presente anodino, aburrido y democrático, sin conflictos. En definitiva, el mismo recurso del *western* americano: tiroteos y aventuras en un pasado lejano, irreal, desconectado del presente, como si aquello hubiera discurrido no solo en otra época, sino en otro planeta. Como si el hoy no fuera consecuencia directa del ayer. Ocultando que “cualquier guerra —como recordaba Michel Foucault— sigue vigente y determina las actuales relaciones de poder. El orden civil es fundamentalmente un orden de batalla”.

Y eso lo sabía muy bien Chirbes: “No hay riqueza inocente. Toda fortuna procede de una injusticia originaria, cuando no de un crimen, que es lo más probable”.